

jardins sobre Maubeuge y á Mayer hacia Charleroy, donde hubiera estado perdido, cruzó el Sambre en reducidos cuerpos, dejando á las dos divisiones de los generales franceses reunirse en el campamento atrincherado de Maubeuge. Bueno fué haber separado á Desjardins de Jourdan, impidiéndole así engrosar el ejército activo de los franceses; pero al dejar á Mayer incorporarse á Desjardins permitiéndose á estos dos jefes formar en Maubeuge un ejército de veinte mil hombres, que podía dejar de ser simple guarnición, sobre todo al acercarse el gran ejército de Jourdan. Sin embargo, la dificultad de alimentar tan considerable número de fuerzas era uno de los más graves inconvenientes para Maubeuge, y hasta cierto punto podía excusar á los generales reunidos por haber permitido su reunión.

El príncipe de Coburgo situó á los holandeses, en número de doce mil, en la orilla izquierda del Sambre, y ocupóse en incendiar los almacenes de Maubeuge, á fin de que aumentara la escasez. Dispuso que el general Colloredo ocupara la orilla derecha, y encargóle el ataque del campamento atrincherado. Clerfayt, delante de Colloredo, formaba con tres divisiones el cuerpo de observación, y debía oponerse á la marcha de Jourdan. Los coligados contaban unos sesenta y cinco mil hombres.

Con un poco de audacia y genio, el príncipe de Coburgo hubiera podido dejar quince ó veinte mil hombres, cuando más, para observar á Maubeuge, y marchando después con cuarenta y cinco ó cincuenta mil contra el general Jourdan, le habría batido infaliblemente, pues con la ventaja de la ofensiva y en número igual sus tropas debían tener ventaja sobre las nuestras, mal organizadas aún. Pero en vez de adoptar este plan, el príncipe de Coburgo dejó unos treinta y cinco mil hombres alrededor de la plaza, quedándose en observación con unos treinta mil en las posiciones de Dourlers y Watignies.

En tal estado las cosas, no era imposible para el general Jourdan atravesar en un punto la línea ocupada por el cuerpo de observación, marchar sobre Colloredo que sitiaba el campamento atrincherado, cogerle entre dos fuegos y desbaratarle, reunirse después con el ejército entero de Maubeuge, para formar con él uno de sesenta mil hombres, y batir á todos los coligados que ocupaban la orilla derecha del Sambre. Para esto era preciso emprender un solo ataque sobre Watignies, el punto más débil. Pero dirigiéndose exclusivamente sobre este lado, dejábase abierto el camino de Avesnes, que desembocaba en Guisa, donde estaba nuestra base y el punto de reunión de todos los depósitos. El general francés, prefiriendo un plan más prudente, aunque menos fecundo, mandó atacar al cuerpo de observación por cuatro puntos, de modo que se guardase siempre el camino de Avesnes y de Guisa. A su izquierda destacó á la división Fromentín contra Saint-Waast, con orden de marchar entre el Sambre y la derecha del enemigo, y el general Ballaud debió colocarse en el centro con varias baterías, frente á Dourlers, para contener á Clerfayt con un fuerte cañoneo. El general Duquesnoy avanzó hacia la derecha sobre Watignies, que formaba la izquierda del enemigo, un poco detrás de la posición central de Dourlers, cuyo punto estaba ocupado sólo por un reducido cuerpo.

Una cuarta división, la del general Beauregard, situada aún más allá de la derecha, debía secundar á Duquesnoy en su ataque contra Watignies. Estos diversos movimientos, poco combinados, no se dirigían á los puntos decisivos, y efectuáronse en la mañana del 15 de octubre: el general Fromentín se apoderó de Saint-Waast; mas no habiendo tenido la precaución de costear los bosques para preservarse de la caballería, fué acometido y rechazado hasta el barranco de Saint-Remy. En el centro, donde se creía á Fromentín dueño de Saint-Waast, y donde se sabía que la derecha había conseguido llegar á Watignies, se quiso pasar adelante, y en vez de bombardear á Dourlers, se pensó en apoderarse de este punto. Parece que tal fué el parecer de Carnot, quien resolvió el ataque á pesar del general Jourdan. Nuestra infantería se precipitó en el barranco que la separaba de Dourlers, franqueó el terreno bajo un fuego mortífero, y llegó á una meseta, donde tenía de frente baterías formidables, y de flanco una numerosa caballería dispuesta á cargar. En el mismo instante, un nuevo cuerpo, que acababa de contribuir á la derrota de Fromentín, amenazaba también atacar por la izquierda. El general Jourdan se expuso al mayor peligro para sostenerle; pero cedió precipitándose desordenadamente en el barranco, y pudo recobrar felizmente sus posiciones sin ser perseguido. Habíamos perdido cerca de mil hombres en esta tentativa, y nuestra izquierda, al mando de Fromentín, toda su artillería. Sólo el general Duquesnoy obtuvo buen resultado en la derecha, consiguiendo acercarse á Watignies.

Después de esta tentativa, la posición era mejor conocida de los franceses: comprendieron que Dourlers estaba demasiado defendido para dirigir contra este punto el ataque principal, que Watignies, apenas guardado por el general Tercy y situado detrás de Dourlers, era fácil de tomar, y que una vez ocupado este pueblo por el grueso de nuestras fuerzas, la posición de Dourlers se tomaría necesariamente. Jourdan destacó, pues, de seis á siete mil hombres hacia su derecha para reforzar al general Duquesnoy; mandó al general Beauregard, situado demasiado lejos con su cuarta columna, que se replegase desde Eule á Obrechies, de modo que operara un esfuerzo concéntrico sobre Watignies, de consuno con el general Duquesnoy; pero persistió en continuar su demostración contra el centro, y en hacer marchar á Fromentín hacia la izquierda para abrazar siempre todo el frente del enemigo.

Al día siguiente, 16, se dió principio al ataque: nuestra infantería, saliendo de los tres pueblos de Dinant, Demichaux y Choisy, cayó sobre Watignies; los granaderos austriacos, que enlazaban á este punto con Dourlers, fueron rechazados á los bosques, y la artillería ligera, dispuesta al efecto, contuvo á la caballería enemiga, cayendo Watignies en nuestro poder. El general Beauregard, menos feliz, fué sorprendido por una brigada que los austriacos habían destacado contra él; su tropa, exagerándose la fuerza del enemigo, se desbandó cediendo una parte del terreno. En Dourlers y Saint-Waast se contuvieron unos á otros, pero Watignies estaba ocupada y esto era lo esencial. Deseando Jourdan asegurar la posesión, reforzó una vez más su derecha con cinco ó seis mil hombres. Coburgo, cediendo demasiado pronto al peligro, se retiró á pesar de la ventaja

alcanzada sobre Beauregard, y á pesar también de la llegada del duque de York, que venía á marchas forzadas desde el otro lado del Sambre. Es probable que el temor de ver á los franceses reunirse con los veinte mil hombres del campamento atrincherado le impidiera persistir en ocupar la orilla derecha del Sambre. Ciertamente es que si el ejército de Maubeuge hubiera atacado al reducido cuerpo que le cercaba, al oír tronar el cañón de Watignies, tratando de avanzar hacia Jourdan, los coligados habrían sido arrollados. Las tropas lo pedían á gritos; pero el general Ferrand se opuso, y el general Chancel, á quien se creyó equivocadamente culpable de esta negativa, fué enviado al tribunal revolucionario. El feliz ataque contra Watignies decidió el levantamiento del sitio de Dunkerque: se llamó victoria de Watignies, y produjo en los ánimos la más profunda impresión.

Los coligados se hallaban concentrados así entre el Escalda y el Sambre. El comité de salvación pública quiso al punto sacar partido de la victoria de Watignies, del desaliento que produjo en el enemigo, de la energía que comunicaba á nuestro ejército, y resolvió intentar un último esfuerzo que antes del invierno rechazase á los coligados fuera del territorio, dejándoles con el sentimiento desconsolador de haber perdido completamente la campaña. El parecer de Jourdan y de Carnot era opuesto al del comité: opinaban que las lluvias, ya muy abundantes, el mal estado de los caminos y la fatiga de las tropas eran razones suficientes para retirarse á cuarteles de invierno, y aconsejaban se destinase la mala estación á disciplinar y organizar el ejército. Sin embargo, el comité insistió en que se despejara el territorio, diciendo que en aquella estación no podría tener grandes resultados una derrota. Según la idea nuevamente emitida de operar sobre las alas del ejército, el comité dispuso que se marchara por Maubeuge y Charleroy de un lado, y por Cysaing, Maulde y Tournay del otro, cerrando así al enemigo en el territorio que invadió. El decreto fué firmado en 22 de octubre, expidiéndose al punto las órdenes oportunas: el ejército de las Ardenas recibió orden de reunirse con el de Jourdan; las guarniciones de las plazas fuertes debían salir y ser reemplazadas por los nuevos quintos.

La guerra de la Vendée había vuelto á comenzar con nueva actividad. Ya hemos visto que Canclaux se replegó sobre Nantes, y que las columnas de la alta Vendée volvieron á Saumur y Angers. Antes de ser conocidos los recientes decretos por los cuales se reunían los nuevos ejércitos de la Rochela y de Brest en uno solo, confiándose el mando al general Lechelle, Canclaux preparó un nuevo movimiento ofensivo. La guarnición de Maguncia quedaba ya reducida, por la guerra y las enfermedades, á nueve ó diez mil hombres; y la división de Brest, batida con Beysser, estaba casi desorganizada. Canclaux no resolvió menos por eso una marcha muy atrevida en el centro de la Vendée, y al propio tiempo juró á Rossignol á secundarle con su ejército. Rossignol reunió al punto un consejo de guerra en Saumur, el 2 de octubre, é hizo acordar que las columnas de Saumur, de Thouars y de la Chataigneraie se reunieran el 7 en Brest, marchando desde aquí á Chatillon, para que concurriese su ataque con el de Canclaux. Ordenó al mismo tiempo á las dos columnas de Luçon y de Sables que se mantuvieran á la defen-

siva, á causa de sus últimos reveses y de los peligros que les amenazaban en el lado de la baja Vendée.

Entretanto había avanzado Canclaux el 1.º de octubre hasta Montaigu, practicando reconocimientos hasta San Fulgencio, para tratar de reunirse por su derecha con la derecha de Luçon, en el caso que llegase á tomar la ofensiva. Enardecido por el éxito de su marcha, ordenó el 26 á la vanguardia, mandada siempre por Kléber, que se dirigiera á Tiffauges. Cuatro mil maguntinos encontraron al enemigo de d'Elbée y de Bonchamps en San Sinforiano, derrotaronle después de un sangriento combate y le rechazaron hasta muy lejos. En la tarde de aquel mismo día llegó el decreto destituyendo á Canclaux, Aubert-Dubayet y Grouchy. El descontento fué muy grande en la columna de Maguncia, y semejante medida produjo la mayor indignación en Philippeaux, Gillet, Merlin y Rewbell, que veían al ejército privado de un excelente general en el momento de hallarse expuesto en el centro de la Vendée. Era sin duda una excelente medida reunir el mando del Oeste en una sola persona; pero se debía elegir otro individuo para sobrellevar semejante carga. Lechelle era ignorante y cobarde, dice Kléber en sus memorias, y no se dejó ver una sola vez en el fuego. Simple oficial en el ejército de la Rochela, promoviósele súbitamente, como á Rossignol, á causa de su reputación de patriotismo; pero ignorábase que, no teniendo ni el ingenio natural de este último, ni su bravura, era tan mal soldado como mal general. Mientras llegaba, Kléber continuó en el mando y se conservaron las mismas posiciones entre Montaigu y Tiffauges.

Lechelle llegó por fin el 8 de octubre y se celebró un consejo de guerra en su presencia. Acababa de saberse la marcha de las columnas de Saumur, de Thouars y de la Chataigneraie sobre Bressuire, y se acordó entonces que se persistiera en avanzar sobre Chollet, donde se incorporarían las tropas á las tres columnas reunidas en Bressuire, ordenándose al mismo tiempo al resto de la división de Luçon que avanzara al punto de reunión general. Lechelle no comprendió nada de los razonamientos de los generales, y lo aprobó todo diciendo: *Es preciso marchar majestuosamente y en masa compacta*. Kléber dobló su mapa con desprecio, y Merlin dijo que se había elegido al hombre más ignorante para enviarle al ejército más comprometido. Desde aquel momento, Kléber fué encargado por los representantes de dirigir por sí solo las operaciones, limitándose, sólo por pura forma, á dar cuenta á Lechelle. Este último se aprovechó de aquella disposición para mantenerse á gran distancia del campo de batalla, alejado del peligro: odiaba á los valientes que se batían por él; pero cuando menos, dejábalos batirse cómo y cuándo les convenía.

En aquel instante, Charette, viendo los peligros que amenazaban á los jefes de la alta Vendée, separóse de ellos pretextando falsas razones de descontento, y se dirigió hacia la costa con el objeto de apoderarse de la isla de Noirmoutiers. Hízose dueño de ella en efecto el 12, merced á una sorpresa y por la traición del jefe que allí mandaba. De este modo estaba seguro de salvar su división y de poder comunicarse con los ingleses, pero dejaba al partido de la alta Vendée expuesto á una destrucción casi inevitable. En interés de la causa común, pudo hacer otra cosa mejor: debía atacar á la co-



lumna de Maguncia por la espalda, y tal vez la hubiese aniquilado. Los jefes del gran ejército le escribieron carta sobre carta aconsejándole, pero jamás recibieron contestación.

Los infelices jefes de la alta Vendée se veían acosados por todas partes. Las columnas republicanas que debían reunirse en Bressuire se hallaban en este punto en la época prefijada, habiéndose encaminado el 9 desde allí á Chatillón. En el camino encontraron el ejército de Mr. de Lescure, al que desordenaron completamente. Wéstermann, repuesto en el mando, iba siempre en la vanguardia á la cabeza de algunos centenares de hombres, y habiendo penetrado en Chatillón en la noche del 9, todo el ejército entró al día siguiente 10. Mientras se practicaba este movimiento, Lescure y Larochejacquelein habían llamado en su auxilio al gran ejército, que no estaba lejos de ellos, pues muy estrechados ya en el centro del país, batíanse á poca distancia unos de otros. Todos los generales reunidos resolvieron dirigirse contra Chatillón, y pusieron en marcha el 11.

Wéstermann avanzaba ya desde este punto sobre Mortagne con quinientos hombres de vanguardia, y como al pronto no creyese tener que habérselas con todo un ejército, no pidió grandes auxilios á su general; pero cercado de repente, vióse en la precisión de replegarse á toda prisa y entró en Chatillón con su tropa. Entonces cundió el desorden en toda la ciudad, abandonándola el ejército republicano precipitadamente, mientras que Wéstermann, reuniéndose al general en jefe Chalbos y agrupándose á su alrededor algunos bravos, contuvo la fuga, y hasta se acercó bastante á Chatillón. A la entrada de la noche dice á varios de los soldados que habían huído: «Habéis perdido hoy vuestro honor; es preciso recobrarle.»

Acto continuo elige cien jinetes, manda á cien granaderos montar á la grupa de los caballos, y ya cerrada la noche, cuando los vendeanos confundidos en Chatillón se hallan entregados al sueño ó la embriaguez, tiene la audacia de entrar, lanzándose en medio de todo un ejército. El desorden llegó á su colmo y la carnicería fué espantosa. Los vendeanos, que no se reconocían, batíanse entre sí, en medio de una horrible confusión, entre la cual eran sacrificados mujeres, niños y ancianos. Wéstermann salió al amanecer con los treinta ó cuarenta soldados que le quedaban, marchando á reunirse, á una legua de la ciudad, con el grueso del ejército. El 12 se ofreció á la vista de los vendeanos un espectáculo horrible; á su vez salieron de Chatillón, inundado de sangre y devorado por las llamas, y se dirigieron hacia Chollet, por donde avanzaban los maguntinos. Chalbos, después de haber restablecido el orden en su división, penetró en Chatillón al día siguiente, 14, disponiéndose á seguir avanzando para reunirse con el ejército de Nantes.

Todos los jefes vendeanos, d'Elbée, Bonchamps, Lescure y Larochejacquelein, estaban reunidos con sus fuerzas en los alrededores de Chollet. Los maguntinos, que se habían puesto en marcha el 14, se acercaban ya; hallábase á muy poca distancia la columna de Chatillón, y avanzaba igualmente la división de Luçon, enviada á llamar, que debía situarse entre las columnas de Maguncia y de Chatillón: llegaba, pues, el momento de

la reunión general. El 15, el ejército de Maguncia marchaba en dos columnas hacia Mortagne, que acababa de evacuarse; Kléber formaba la izquierda con el cuerpo de batalla, y Beaupuy la derecha. En el mismo instante se dirigía hacia Mortagne la columna de Luçon, esperando hallar un batallón de guías, que Lechelle hubiera debido situar en su camino; pero este general, que no hacía nada, no se había cuidado siquiera de llenar tal requisito.

La columna es sorprendida de pronto por Lescure y se ve acosada por todas partes; pero felizmente, Beaupuy, que estaba muy próximo por su posición hacia Mortagne, acude en su auxilio y consigue librarla, rechazando á los vendeanos. El infeliz Lescure recibe un balazo sobre la ceja y cae en brazos de sus soldados, que se le llevan emprendiendo la fuga.

La columna de Luçon se reúne entonces á la de Beaupuy, cuyo mando acababa de tomar el joven Marceau. A la izquierda y en el mismo momento, Kléber sostenía un combate hacia San Cristóbal y rechazaba al enemigo. El 15 por la tarde vivaqueaban todas las tropas republicanas en los campos que se extienden delante de Chollet, donde se habían retirado los vendeanos. La división de Luçon era de unos tres mil hombres que con los de la columna de Maguncia formaban un total de doce ó trece mil.

En la mañana del día siguiente, 16, los vendeanos evacuaron á Chollet, después de disparar algunos cañonazos, replegándose sobre Beaupreau. Kléber entró al punto, prohibiendo el saqueo bajo pena de muerte, é hizo observar el mayor orden; la columna de Luçon hizo lo mismo en Mortagne, y por lo tanto han incurrido en error, ó afirmado una mentira, cuantos historiadores han dicho que se quemó á Chollet y Mortagne.

Kléber tomó al punto todas sus disposiciones, pues Lechelle se había quedado dos leguas más atrás. El río de Moine pasa por delante de Chollet; más allá hay un terreno montañoso y desigual que forma un semicírculo de alturas; á su izquierda se halla el bosque de Chollet, y en el centro del pueblo mismo, á la derecha, élévase un alto castillo. Kléber situó á Beaupuy con la vanguardia delante del bosque; dispuso que Haxo se colocase con la reserva de los maguntinos detrás de aquélla, de modo que pudiese sostenerla; mandó á la columna de Luçon, á las órdenes de Marceau, que ocupase el centro, y Vimeux, con el resto de los maguntinos, se situó en la derecha, en las alturas. La columna de Chatillón llegó en la noche del 16 al 17: constaba de nueve á diez mil hombres, poco más ó menos, y así ascendían las fuerzas totales de los republicanos á unos veintidós mil. En la mañana del 17 se celebró consejo: Kléber, á quien no agradaba su posición delante de Chollet, porque sólo tenía una retirada por el puente del río Moine, que desembocaba en la ciudad, quería que se avanzase para flanquear á Beaupreau, cortando á los vendeanos el Loira. Los representantes combatieron este parecer, porque la columna procedente de Chatillón necesitaba un día de descanso.

Entretanto los jefes vendeanos deliberaban en Beaupreau, en medio de una horrible confusión. Los campesinos se llevan consigo sus mujeres, hijos y ganados, formando una emigración de más de cien mil individuos. Larochejacquelein y d'Elbée hubieran querido

dejarse matar en la orilla izquierda; pero Talmont y d'Antichamp, que tenían gran influencia en Bretaña, deseaban impacientemente trasladarse á la orilla derecha; y Bonchamps, que veía una grandiosa empresa en una excursión hacia las costas del Norte, y que según dicen tenía cierto proyecto con Inglaterra, opinaba por cruzar el Loira. Sin embargo, no dejaba de parecerle que se debía intentar un último esfuerzo, empeñando una gran batalla delante de Chollet; pero antes de tra-

Los vendeanos se ponen en movimiento, acercándose á la vanguardia de Beaupuy, situada, como ya hemos dicho, en una llanura delante del bosque de Chollet: una parte de ellos avanza en masa compacta, cargando á la manera de las tropas de línea; los otros se diseminan como tiradores para flanquear la vanguardia, y hasta el ala izquierda, penetrando en el bosque de Chollet. Acosados los republicanos, vense en la precisión de retirarse; Beaupuy, á quien habían matado ya dos caba-



Kléber

bar la lucha, envió un destacamento de cuatro mil hombres á Varades, para asegurarse un paso por el Loira, en caso de sufrir una derrota.

Resuelta ya la batalla, los vendeanos avanzaron sobre Chollet el 15 de octubre á la una de la tarde en número de cuarenta mil hombres. Los generales republicanos, no esperando ser atacados, acababan de conceder un día de descanso. Los vendeanos se habían formado en tres columnas: la una se dirigía sobre la izquierda, donde se hallaban Beaupuy y Haxo; la otra al centro, mandado por Marceau, y la tercera contra la derecha, confiada á Vimeux. Avanzaban los vendeanos en línea y en fila, como tropas regulares; todos los jefes heridos que podían sostenerse á caballo iban en medio de su gente para animarla en aquel día, que iba á decidir de su existencia y de la posesión de sus hogares. Entre Beaupreau y el Loira, en cada uno de los distritos que les quedaban, celebrábase la misa, invocándose el auxilio del cielo en favor de aquella causa tan infeliz como amenazada.

llos, vuelve á caer, se le enreda una espuela, y ya iba á ser cogido, cuando lanzándose detrás de una caja de municiones, apodérase de otro caballo y consigue reunirse á su columna. En aquel momento acude Kléber hacia el ala amenazada; ordena al centro y á la derecha que se mantengan firmes, y manda á Chalbos que haga salir de Chollet una de sus columnas para ir en auxilio de la izquierda; el mismo Kléber se sitúa cerca de Haxo, restablece la confianza en sus batallones, y hace volver al fuego á los que acababan de ceder al mayor número.

Los vendeanos son rechazados á su vez; vuelven á cargar encarnizadamente, y deben retirarse de nuevo. Entretanto, se empeña el combate en el centro y en la derecha con igual furor; en esta última, Vimeux se halla tan bien situado, que todos los esfuerzos del enemigo son impotentes.

En el centro, no obstante, los vendeanos avanzan con más ventaja que en las dos alas, penetrando en la hondonada donde se halla el joven Marceau. Kléber acude al punto para sostener la columna de Luçon, y en el



mismo instante sale de Chollet una de las divisiones de Chalbos que había pedido, compuesta de cuatro mil hombres. Este refuerzo era de gran importancia en aquel instante; pero á la vista de aquella llanura, donde se cruza un fuego mortífero, la división, mal organizada, como todas las del ejército de la Rochela, se desbanda y vuelve en desorden á Chollet. Kléber y Marceau se quedan en el centro sólo con la columna de Luçon: el joven Marceau, que la manda, no se intimida; deja al enemigo acercarse á un tiro de fusil, descubre de pronto su artillería, y con su imprevisto fuego contiene y agobia á los vendeanos. Estos últimos resisten al principio; estréchanse bajo una lluvia de metralla; pero ceden muy pronto y huyen en desorden. En aquel instante la derrota es general en el centro, en la derecha y en la izquierda, y Beaupuy, con su vanguardia reunida, los persigue sin descanso.

Las columnas de Maguncia y de Luçon eran las únicas que habían tomado parte en la batalla; de modo que trece mil hombres habían batido á cuarenta mil. Por ambas partes se había desplegado el mayor arrojo; pero la regularidad y la disciplina decidieron la ventaja en favor de los republicanos. Marceau, Beaupuy y Merlin, que apuntaba por sí mismo las piezas, se distinguieron por su heroísmo; Kléber dió pruebas de su gran golpe de vista y de su vigor acostumbrado en el campo de batalla. Por parte de los vendeanos, d'Elbée y Bonchamps quedaron mortalmente heridos después de haber hecho prodigios de valor; de todos los jefes sólo quedaba Larochejacquelein, quien no había omitido nada para participar de sus gloriosas heridas. El combate duró desde las dos hasta las seis.

Reinaba ya en todas partes la obscuridad; los vendeanos huían presurosos, arrojando sus zuecos por el camino, y Beaupuy los perseguía sin tomar aliento. A este jefe se había agregado Westermann, que no queriendo permanecer en la inacción con las tropas de Chalbos, había reunido un cuerpo de caballería para perseguir á escape á los fugitivos. Después de haberlos seguido largo tiempo, Beaupuy y Westermann se detienen, al fin, para que descansen sus tropas; pero pensando luego que encontrarían más fácilmente pan en Beaupreau que en Chollet, osan avanzar sobre aquel punto, donde se creía que se había retirado el grueso de los vendeanos. Sin embargo, la fuga había sido tan rápida, que muchos se hallaban ya en San Florencio, á orillas del Loira, y los demás evacuaron á Beaupreau en desorden al acercarse los republicanos, cediéndoles un punto donde hubieran podido defenderse.

En la mañana del día siguiente, 18, todo el ejército marcha desde Chollet hacia Beaupreau; las vanguardias de Beaupuy, situadas en el camino de San Florencio, ven de pronto un gran número de individuos que llegan gritando: ¡Viva la república! ¡Viva Bonchamps! Se les interroga, y contestan proclamando á Bonchamps como á su libertador. En efecto, este joven héroe, tendido sobre un colchón, y á punto de expirar á consecuencia de un balazo recibido en el bajo vientre, había pedido y obtenido la gracia de cuatro mil prisioneros que los vendeanos llevaban consigo y que trataban de fusilar: todos ellos se reunieron con el ejército republicano.

En aquel momento se hallaban á orillas del Loira

ochenta mil individuos, mujeres, ancianos, niños y hombres armados, con los restos de lo que poseían, y disputábanse una veintena de barcas para pasar á la otra orilla. El consejo superior, compuesto de los jefes capaces aún de emitir un dictamen, deliberaban sobre si era preciso separarse ó llevar la guerra á Bretaña. Algunos hubieran querido dispersarse en la Vendée, y esconderse hasta que llegaran mejores tiempos; Larochejacquelein era de este parecer, y aconsejaba dejarse matar en la orilla izquierda más bien que pasar á la derecha. Sin embargo, prevaleció la opinión contraria, y resolvieron permanecer unidos siguiendo adelante; pero Bonchamps acababa de morir, y nadie era capaz de realizar los proyectos que había formado respecto á Bretaña. D'Elbée había sido trasladado moribundo á Noirmoutiers, y Lescure, mortalmente herido, era conducido en una camilla. Ochenta mil personas abandonaban sus campos é iban á llevar la desolación á los inmediatos, buscando su exterminio. ¿Y por qué, gran Dios? Por una causa absurda, en todas partes abandonada, ó hipócritamente defendida. Mientras que aquellos infelices se exponían generosamente á tantos males, apenas pensaba en ellos la coalición; los emigrados intrigaban en las cortes, batiéndose sólo algunos valerosamente en el Rhin, aunque en las filas extranjeras; y nadie había pensado aún en enviar ni un soldado ni un escudo á la infeliz Vendée, señalada ya por veinte combates heroicos, y hoy vencida, fugitiva y desolada.

Los generales republicanos se reunieron en Beaupreau, resolviendo allí separarse, para dirigirse unos á Nantes y los otros á Angers, á fin de impedir un golpe de mano contra estas dos plazas. La opinión de los representantes, de la cual no participaba Kléber sin embargo, era que la Vendée quedaba destruída, y al punto escribieron á la Convención, diciendo: *La Vendée no existe ya*. Habíase concedido de plazo al ejército hasta el 20 de octubre para concluir con ella, y lo consiguió el 18. El ejército del Norte ganaba el mismo día la batalla de Watignies, concluyendo la campaña con el levantamiento del bloqueo de Maubeuge. Así, pues, parecía en todas partes que bastaba que la Convención decretase la victoria para asegurarla. El entusiasmo llegó á su colmo en París y en toda Francia, y comenzóse á creer que antes de terminar la estación triunfaría la república de todos los soberanos conjurados contra ella.

Sólo un acontecimiento podía turbar esta alegría, y era la pérdida de las líneas de Wissemburgo en el Rhin, atacadas el 13 y 14 de octubre. Después del descalabro de Pirmasens, hemos dejado á los prusianos y austriacos delante de las líneas del Sarre y del Láuter, amenazando á cada instante invadirlas. Habiendo hostigado los prusianos á los franceses en las orillas del Sarre, obligáronles al fin á replegarse; el cuerpo de los Vosgos, rechazado hasta más allá de Hornbach, retiróse mucho más allá de Bitche, en el centro de las montañas; y el ejército del Mosela, rechazado hasta Sarreguemines, quedó separado del cuerpo de los Vosgos y del ejército del Rhin. En esta posición era ya fácil para los prusianos, que por el flanco occidental habían traspasado la línea común del Sarre y del Láuter, cercar las líneas de Wissemburgo por su extrema izquierda, en cuyo caso debían caer aquéllas necesariamente en su poder. Esto es lo que sucedió el 13 de octubre: Prusia

y Austria, que no estaban acordes según hemos visto, se entendieron al fin; y el rey de Prusia marchó á Polonia, dejando el mando á Brunswick, con orden de concertarse con Würmser. Del 13 al 14 de octubre, mientras que los prusianos marchaban á lo largo de la línea de los Vosgos hasta Bitche, mucho más allá de la altura de Wissemburgo, Würmser debía atacar las líneas del Láuter con siete columnas. La primera, á las órdenes del príncipe de Waldeck, encargada de pasar el Rhin por Seltz y de flanquear á Lauterburgo, encontró en la naturaleza del terreno, y en el valor de medio batallón de los Pirineos, obstáculos invencibles; la segunda, aunque traspasó las líneas por más acá de Lauterburgo, fué rechazada; y las otras, después de obtener más arriba y alrededor de Wissemburgo algunas ventajas que contrabalanceó la vigorosa resistencia de los franceses, apoderáronse no obstante de aquel puesto. Nuestras tropas se retiraron al punto de Geisberg, situado un poco más atrás de Wissemburgo y mucho más difícil de tomar. Aun no podían considerarse del todo perdidas las líneas; pero la noticia de la marcha de los prusianos hacia el lado occidental obligó al general francés á replegarse sobre Haguenau y las líneas del Láuter, cediendo así una parte del territorio á los coligados. En este punto estaba, pues, invadida la frontera;

pero las victorias del Norte y de la Vendée disimularon el efecto de esta mala noticia. Envióse á Saint-Just y á Lebas á Alsacia para contener los movimientos que la nobleza alsaciana y los emigrados promovían en Estrasburgo; enviáronse á este punto numerosos contingentes, y todos se consolaron con la resolución de vencer allí como en todas partes.

Disipábanse, pues, los grandes temores que se concibieron en el mes de agosto, antes de las victorias de Hondschoote y de Watignies, de la toma de Lyon y la retirada de los piemonteses más allá de los Alpes, y del triunfo de la Vendée. En aquel momento hallábase libre de enemigos la frontera del Norte, la más importante y más amenazada; la ciudad de Lyon estaba sometida á la república lo mismo que la Vendée, y habíase sofocado toda rebelión en el interior hasta la frontera de Italia, donde si bien resistía aún la plaza de Tolón, resistía sola. Un triunfo más en los Pirineos, en Tolón y en el Rhin, y la república quedaba completamente victoriosa, no pareciendo más difícil que los otros este triple resultado. La misión no había terminado sin duda; pero podría concluir muy pronto, prosiguiendo los mismos esfuerzos y empleando iguales medios: aún no reinaba completa seguridad; pero tampoco se creía ninguno expuesto á una muerte próxima.